

fuerzas francesas, y con un hecho tan significativo, se desvanecieron las acusaciones que se hacian á la Francia, tanto fuera como dentro del país, relativas á sus proyectos de conquista.

Un malvado pretendió entonces cometer un crimen contra la persona del general Almonte y se sospechó que tambien contra el ministro de Francia, M. de Saligny; pero fué descubierto, juzgado y sentenciado, y pagó en el patíbulo su atentado.

Desde que se estableció el gobierno nacional del general Almonte, la intervencion francesa ganó en México todas las simpatías que eran debidas al beneficio inmenso que nos iba á hacer, y en todas partes aguardaban su ayuda para acogerse á su proteccion.

¿Cuál no seria el desaliento de los partidarios y amigos de la intervencion cuando vieron que, á la llegada del general Forey, uno de sus primeros actos fué destruir el gobierno que representaba en la intervencion francesa el elemento mexicano?

El gobierno de Juarez supo aprovechar este incidente para imponer al público la creencia de que la Francia venia á conquistar á México.

Repetida esta asercion por las mil bocas de una prensa subvencionada, llegó á creerse en efecto que era verdad lo que decia el gobierno, pues nada es tan corriente como que el público tenga las ideas mas falsas y erróneas sobre los acontecimientos que pasan á su vista, cuando un interés poderoso los adultera segun su conveniencia. A medida que esos acontecimientos se alejan de nosotros, se van desprendiendo de ellos las fingidas circunstancias con que la pasion los vistiera, y aparecen despues á nuestros ojos libres del mentido ropaje de que los desnuda la sana crítica del filósofo y del historiador. Pero mientras tanto, la mentira, á fuerza de repetirse, acaba por prevalecer, por ocupar el lugar de la verdad en la opinion pública, cuando la buena fe de los hombres de bien se ve asaltada por esa multitud de falsedades, creadas y propagadas por la malevolencia y las torpes pasiones de los partidos.

La duda en unos y la credulidad en otros fueron causa de que hostigados por las exigencias del gobierno de Juarez, protestaran muchos contra una intervencion que habia pasado por tantas peripecias y cuya mente no acertaban á comprender.

Por fin ocupó la intervencion á México y desde luego se presentaron dos caminos para llevarla á buen término. Era el primero convocar á los mexicanos para que organizaran un gobierno nacional, y el segundo establecer una administracion militar por las fuerzas de la intervencion, hasta que ocupado todo el país se consultara la voluntad nacional para fundar el gobierno.

Si se hubiera adoptado este último medio, los enemigos de la intervencion

hubieran tenido un argumento poderoso para sostener que eran mentidas promesas las que hacia la Francia de respetar la nacionalidad y la independencia de México, lo que hubiera sido fácil hacer creer, por el temor natural que se despertaria en todos los mexicanos de que se convirtiera en conquista la ocupacion. Y tan cierto es esto, que á pesar de haber seguido la intervencion el primer camino que dejamos señalado, todavía hoy las proclamas de los mexicanos extraviados que pretenden sostener la guerra contra el imperio y la inmensa mayoría de la nacion, no tienen mas que ese pretexto para cohonestar su conducta.

Se adoptó, pues, y con razon, el primer camino, y se procedió á establecer un gobierno nacional.

¿Pero cuál debia ser la forma de ese gobierno?

## IX.

¿Cuál debia ser la forma de ese gobierno? — ¡LA MONARQUIA!

Nosotros no estábamos educados para la república, y al quererla establecer, nos figuramos que bastaba tomar de los Estados-Unidos sus principios constitucionales; pero la Providencia, que dirige con mano certera los destinos de las sociedades humanas, iba llevando las cosas de México por sendas tan poco frecuentadas, que los acontecimientos se sucedian y nos asombraban en su estrañeza, porque queriamos interpretarlos con nuestras limitadas potencias.

¿Cuál ha sido la historia de México desde que se hizo independiente?

En dos páginas se escribe la historia moral de un pueblo.

México fué conquistado y gobernado por una nacion de guerreros que durante setecientos años mantuvo su espada desenvainada para arrojar del patrio suelo al enemigo agareno.

No hay un solo mexicano sensato que al recordar que descende de esa altiva raza que pobló un mundo, no sienta latir su pecho de orgullo y de esperanza: de orgullo, porque la España, cuando vino á México, era la nacion mas poderosa del orbe, y hay digna satisfaccion en proceder de tan noble linaje; y de esperanza, porque abatida esa misma España por largos reinados infecundos, ha vuelto á renacer á la vida, presentándose de nuevo en el concierto de las grandes potencias de la tierra con sus credenciales de Joló, Cochinchina y Marruecos, y México á su vez tiene hoy abiertas las puertas para regenerarse y ser en América lo que será España en Europa.

Al venir España á México se admiró de hallar el imperio mas poderoso y



mas civilizado de cuantos se han encontrado en tierras nuevamente descubiertas. Los hijos de la raza indígena tienen tambien un justo y noble orgullo de contar entre sus antepasados á los Xicotencales y Huatimotzines, y las casas mas nobles de los primeros pobladores de este vasto imperio, tienen á honra agregar á sus nombres los de los gefes mexicanos con cuyas familias se enlazaron.

Mientras España dominó en México, no pudo darle mas que lo que tenia, y ciertamente que no le dió lo que en España no habia. En España no se conocian las ideas modernas de república mas que por los estragos que en Francia habian causado los sangrientos delirios de 93; y ni por sus tradiciones, ni por sus hábitos, ni por su educacion, podia admitirlas en sus instituciones, y mucho menos comunicarlas á sus dilatadas colonias de América. Así es que cuando México se hizo independiente, su primera inspiracion fué constituirse bajo la forma monárquica, que era la que conocia.

Al pretender reinar en México Iturbide, se estrelló en los escollos de una carrera para la que no estaba educado; y no teniendo los tamaños que se requieren para ser el fundador de una dinastía, sucumbió en la empresa.

Al vernos los mexicanos libres de España y sin gefe que nos rigiera, nos figuramos que podríamos consolidar entre nosotros un gobierno democrático, calcado sobre el establecido en la vecina república del Norte, y nos figuramos tambien que así procuraríamos á México la misma prosperidad que disfrutaban los Estados-Unidos.

Ese fué un grave error, y sus funestas consecuencias aun las tenemos que deplorar.

Cuando una institucion nace espontáneamente en un país, es porque el país la necesita y está ya dispuesto para su adopcion; pero cuando se quiere violentar el orden natural y sucesivo de los progresos sociales, sucede con la mas bella teoría lo que con las plantas exóticas, que en vez de dar ricos productos, pronto degeneran, se marchitan y se secan; pues las ideas, como las plantas, no germinan sino cuando el terreno está bien preparado para recibir las. Cuando las instituciones están en armonía con el estado de adelantamiento que guarda un pueblo, con sus mejoras materiales y con sus progresos morales é intelectuales, las buenas ideas se generalizan en la opinion pública, se robustecen y producen los ópimos frutos de la civilizacion; pero cuando queremos salvar grandes distancias de tiempos, de cultura y de lugares, y aplicamos á una situacion dada de un pueblo instituciones propias de otras circunstancias, de otra civilizacion ó de otro clima, de seguro que no producen ninguno de los buenos resultados con que se recomiendan en otras partes.

Esto es cabalmente lo que nos ha sucedido á nosotros, y al contemplar las tristes consecuencias que han tenido en nuestro país esas instituciones, hemos creido que con variar de hombres algunas veces y otras de forma, pero conservando siempre el mismo fondo de república, remediáramos los males que nos causaban; y pasando sin criterio, sin conciencia de la causa del mal y sin conocimiento del remedio propio para curarle, á los cambios y mudanzas mas deplorables, hemos probado en vano todas las formas de república, desde las mas liberales hasta las mas absolutas, sin alcanzar la felicidad tras que andábamos; porque no habiendo conexion ni armonía entre ellas y las verdaderas necesidades del pueblo, solo han producido entre nosotros una licencia escandalosa ó un despotismo ininteligente.

Así pasaba México sus años, alternando entre la dictadura mas tiránica y la oclocracia mas desenfrenada.

No debiéramos, pues, admirarnos de que los partidos que por tanto tiempo nos han dividido, se escudasen, cada uno á su vez, con la justicia y la razon para sublevar las pasiones mas borrascosas; de que en nombre del respeto á las leyes, proclamasen la rebelion; de que fundándose en los derechos del hombre, sancionasen el robo y el asesinato; de que so pretesto de progresos y adelantos sociales, escitasen á la multitud á cometer los excesos mas brutales, y de que en nombre de la fraternidad, del amor á la patria y á la libertad, apelasen al odio y á las venganzas entre los miembros de una misma familia, entre los hijos de un mismo suelo, para satisfacer las mas torpes aspiraciones.

¿Y cuál ha sido el resultado de semejantes desaciertos?

Que se han disuelto los vínculos sociales, que se han roto los lazos que mantenian en estrecha union la vida moral con la vida material, la vida del pueblo con la vida de la familia, la autoridad doméstica con la autoridad política, y los gobernados con los gobernantes.

De aquí el desenfreno de las costumbres públicas y privadas, desenfreno que produce la licencia, la venalidad y la corrupcion.

De aquí la maldad que no cree en la virtud, y la maledicencia que lanza por todas partes sus saetas emponzoñadas, sin respetar ninguna condicion, ninguna dignidad, ningun puesto, ningun individuo, ninguna autoridad; porque nada hay sagrado para ella cuando se han pervertido las ideas:—moral, instituciones, magistrados, leyes, deberes, derechos, virtud, honor, todo se reduce á problema en los pueblos desmoralizados por continuas revueltas interiores; revueltas que son mas dañosas que las guerras estrañas menos felices.

Pero del mismo exceso del mal nace á veces el remedio que le ha de estirpar.



Esas repetidas conmociones que hemos experimentado, esa desazon y ese descontento que nos trabajaban; esa exasperacion de los ánimos, ese murmurar de todo y esa desconfianza terrible de los hombres, de las instituciones, de las cosas y del porvenir, han engendrado en el corazon de los buenos, que siempre son los mas por fortuna de las sociedades humanas, el deseo, con la conviccion de la necesidad, de un órden de cosas estable y duradero; y esto solo se consigue en los países que se hallan en nuestra situacion, con un gobierno fuerte y justiciero, con una autoridad respetable y respetada; porque el poder que no es fuerte, deja de ser poder, así como la autoridad que no es respetada deja de ser autoridad.

¿Mas cómo se hallaba la república cuando todos los que deseaban francamente la conservacion de la nacionalidad mexicana, dirigieron hácia la intervencion sus esperanzas?

Su situacion era de las mas deplorables.

Desde el primer magistrado de la nacion, desde el prelado mas virtuoso hasta el último de los ciudadanos, estaban espuestos á las mas vergonzosas injurias con que se haya manchado la prensa mexicana.

El robo y el asesinato en los parajes mas públicos y á la luz del dia, sin embozo ni empacho, y sin que nadie se moviera á favorecer á la víctima de una soldadesca indisciplinada, ó de un malvado á quien daba valor y audacia la impunidad.

La espoliacion organizada por la autoridad so pretesto de ocurrir á las necesidades de la patria.

La fortuna de los particulares á merced de un gobierno sin escrúpulos que la declara constituir la caja del ejército.

La administracion de justicia convertida en instrumento torpe de los intereses mas venales.

La vida del ciudadano pacífico en manos de la gente mas desalmada.

Las cárceles llenas de los hombres mas honrados y mas dignos, mientras que los ladrones y los bandidos campaban por sus respetos, desempeñando á veces cargos públicos muy elevados.

Los ricos empobrecidos por las exacciones mas arbitrarias, y reducidos á prision cuando ya no tenian con que pagar los incesantes pedidos de dinero con que los acosaban el gobierno y las autoridades de cada localidad.

Los pueblos incendiados, los campos talados y las cosechas destruidas.

Las ejecuciones sin formacion de causa á la órden del dia, en las ciudades como en el campo, ordenadas por generales como por simples capitanzuelos de guerrilla.

Todo anunciaba anarquía, miseria y disolucion.

El cuerpo social era casi un cadáver en cuyo desmembramiento pensaban propios y extraños.

Los pechos mas animosos desesperaban del porvenir.

La inmoralidad cundia de la esfera social mas elevada á las clases mas finimas del pueblo.

Cada Estado se contemplaba como una nacion libre, soberana é independiente de los otros, y así se titulaba y así procedia en sus relaciones con el gobierno general.

El ejército, en la mas completa indisciplina, en vez de representar como en todas partes el órden y de inspirar confianza á los habitantes pacíficos, era incapaz de prestar el menor apoyo á la autoridad para mantener la paz pública; antes al contrario, su presencia era motivo de espanto para los pueblos, por las depredaciones que causaba.

El gobierno, sin poder para hacer el bien y autorizado con omnímodas facultades para hacer el mal, no tenia mas fuerza que la física que le daban sus bayonetas; al paso que carecia completamente de aquella fuerza moral que da autoridad á una administracion justa y equitativa, y que á todos obliga á la obediencia.

La representacion nacional, con su conducta inesplicable, habia desacreditado entre nosotros una de las instituciones mas bellas de que pueden gloriarse los hombres en los países donde se ha comprendido debidamente su espíritu y su verdadera mision.

El edificio social se desplomaba, en fin, por todos sus ángulos, y al volver la nacion sus ojos hácia la intervencion europea que nos tendia una mano amiga en los momentos del naufragio, debemos convenir en que lo hacia estimulada por la necesidad que comprendia tener de sus servicios, é impulsada por el instinto de la vida que se reanimaba en su corazon con mas vigor, á medida que era mas grande la inminencia del peligro.

Y la pobre república mexicana, favorecida con tan pródiga mano por la naturaleza y tan maltratada por la torpe mano de sus hijos, con sus disensiones y continuas revueltas intestinas, ¿cómo hubiera podido conjurar ese peligro y mucho menos combatir por sí sola tan graves males?

¿De ningun modo!

¿Pues entonces qué debia hacer?

Lo que ha hecho.—Buscar en un cambio radical de instituciones, una forma de gobierno que estuviese en concordancia con nuestro origen y nuestras verdaderas necesidades, y que por su estabilidad y por su armonía con los principios que rigen en Europa, nos procurase el apoyo y las simpatías de las grandes potencias interesadas en impedir el desmembramiento de una